

HISTORIA URBANA



Juan Luis Piñón **REFLEXIONES SOBRE LA COMPARACIÓN Y LA GENERALIZACIÓN EN HISTORIA URBANA**

Carlo Carozzi **EL CRECIMIENTO URBANO DE MILÁN DESDE LA REUNIFICACIÓN DE ITALIA HASTA HOY**

Richard Rodger **CONSTRUIR LA HISTORIA DE LA VIVIENDA: DIMENSIONES HISTORIOGRÁFICAS DEL PAISAJE URBANO BRITÁNICO**

J. W. R. Whitehand **FORMAS DE RENOVACIÓN URBANA EN GRAN BRETAÑA: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICO-GEOGRÁFICA**

José Miguel López García **LAS CIUDADES EUROPEAS EN LA TRANSICIÓN AL CAPITALISMO: ¿URBANIZACIÓN O URBANIZACIONES?**

José María Miura Andrades **CONVENTOS Y ORGANIZACIÓN SOCIAL DEL ESPACIO. FUNDADORES Y FUNDACIONES DOMINICAS EN LA ANDALUCÍA MEDIEVAL**

HISTORIA URBANA

Revista de historia de las ideas y de las transformaciones urbanas

HISTORIA URBANA

HISTORIA URBANA 1993, N.º 2

REVISTA DE HISTORIA DE LAS IDEAS Y DE LAS TRANSFORMACIONES URBANAS

EDICIONS ALFONS EL MAGNÀNIM
INSTITUCIÓ VALENCIANA D'ESTUDIS I INVESTIGACIÓ
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE VALENCIA
CONSELLERIA D'OBRES PÚBLIQUES

SUMARIO

ARTÍCULOS

- Juan Luis Piñón: *Reflexiones sobre la comparación y la generalización en historia urbana* 5
- Carlo Casozzi: *El crecimiento urbano de Milán desde la reunificación de Italia hasta hoy* 21
- Richard Rodger: *Construir la historia de la vivienda: dimensiones historiográficas del paisaje urbano británico* 39
- J. W. R. Whitehand: *Formas de renovación urbana en Gran Bretaña: Una perspectiva histórico-geográfica* 59
- José Miguel López García: *Las ciudades europeas en la transición al capitalismo: ¿urbanización o urbanizaciones?* 71
- José María Miura Andrades: *Conventos y organización social del espacio. Fundadores y fundaciones dominicas en la Andalucía medieval* 85
- RECENSIONES
- José V. Bernardos y Mauro Hernández
El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606, de Alfredo Alvar 115
- Fernando Andrés Robres
Valencia, puerto mediterráneo en el siglo XV. 1410-1525, de Jacqueline Guiral Hadziiosif 116
- Josefina Cruz Villalón
Córdoba, burguesía y urbanismo, de Francisco García Verdugo 120
Córdoba en el siglo XIX, Cristina Martín López 120
- M.ª Àngels Alió
The changing face of cities. A study of development cycles and urban form, J. W. R. Whitehand 123
- Joan Vilagrà i Ibarz
Projectes i realitat d'un procés urbà decimonòmic. Vilafranca del Penedès, 1865-1939, de M.ª Àngels Alió 127
La urbanització de la ciutat industrial. Sabadell, 1845-1900, de Manuel Larrosa 127
La consolidació de la ciutat industrial: Manresa (1871-1900), de Josep Oliveras 127
- Jesús Izquierdo Martín
Liberty in Absolutist Spain, de Helen Nader 131
- Carmen Blasco
Memoria del proyecto de Ensanche de Bilbao, de Alzola, Achúcarro y Hoffmeyer 134
- INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA
- Selección de libros y artículos publicados en los últimos tres años, realizada desde diferentes áreas geográficas: Aragón y País Vasco. Se incorporan algunos títulos de especial interés producidos en fechas anteriores 139

Dirección:
Juan Luis Piñón

Consejo de Redacción:
Alfonso Álvarez Mora, James Arnelang,
Carmen Blasco, Antonio Collantes de Terán,
M.ª Rosa Jiménez, Rafael Mas Hernández,
Javier Monclús, Juan Luis Piñón y
Trinidad Simó

Secretaría de Redacción:
Matilde Alonso y Carmen Blasco

Revisión:
Alfonso Álvarez Mora, Santos Madrazo
Madrazo, José Luis Oyón, Manuel Valenzuela
y Merce Tarter

Corresponsalías:
Andalucía: Josefina Cruz y Angel Isaac
Aragón: Manuel Expósito
Baleares: Bartolomé Barceló
Canarias: Maira Navarro
Cataluña: Manuel Guandía y José Luis Oyón
Extremadura: Antonio Carpesano
Madrid: Virgilio Pinto
Murcia: Francisco Cimón
País Vasco: Nieves Basurto
Valencia: Rosario Navalón

Colaboradores en el extranjero:
Lisboa: Víctor Matias Ferreira
Milán: Carlo Casozzi y Renato Rorzi
París: Bruno Fortier y Roger-Henri Gauthier
Leicester: Richard Rodger
Buenos Aires: Ramón Gutiérrez
y Jorge Enrique Hardoy

Redacción: Departamento de Urbanismo, UPV
C.ª Vera, s/n - 46071 Valencia - Tel. (96) 387 72 80 - Fax (96) 387 72 89

Distribución: Siglo XXI, Calle Plaza, 5, Madrid. Tel. (91) 759 48 09 / Les Punxes, Calle
Francesc d'Aranda, 75-81, Barcelona. Tel. (93) 300 91 62 / La Tierra Libros,
Calle Sagitario, 4, nau B, Alacant. Tel. (96) 511 01 92 / Gabriel Sendra, Calle
de la Taronja, 16, Picanya (València). Tel. (96) 156 08 41.

Diseño: Aula Gráfica, C.B.

Edita: Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Universidad Politécnica de Valencia y
Conselleria d'Obres Públiques de la Generalitat Valenciana.

I.S.S.N.: 1.132 - 189X

Depósito legal: V. 1.775 - 1992

Ilustración de la portada: Terre-plein du Pont-Neuf, foto de Eugène Atget

Imprime: Artes Gráficas Soler, S. A. - La Olivereta, 28 - 46018 Valencia - 1993

CENTRO DE DOCUMENTACION
DE
HISTORIA DE MADRID
Universidad Autónoma de Madrid

LAS CIUDADES EUROPEAS EN LA TRANSICIÓN AL CAPITALISMO: ¿URBANIZACIÓN O URBANIZACIONES? *

José Miguel López García **

En el transcurso de las cuatro últimas décadas, numerosos geógrafos, antropólogos, sociólogos e historiadores han prestado particular atención al estudio de las ciudades del pasado; como consecuencia de este prolongado esfuerzo, poseemos en la actualidad un gran número de monografías, en las cuales se analiza la trayectoria de las ciudades europeas más importantes durante la transición del feudalismo al capitalismo. A comienzos de los años ochenta, el volumen de las investigaciones relativas a las ciudades preindustriales llegó a ser tan amplio, que algunos especialistas comenzaron a plantearse la necesidad de realizar una obra de síntesis, en la cual se pudieran reunir todos los datos referentes a las ciudades europeas y analizar, a partir de los mismos, las transformaciones que acontecieron en el ámbito urbano en el transcurso de la Edad Moderna. Desde esta perspectiva, la obra del profesor de Vries constituye una valiosa síntesis de historia urbana, en la cual no sólo se reúne una impresionante masa informativa, sino que también se realiza un interesante intento de aproximación interpretativa, con objeto de esclarecer las peculiaridades del *proceso de urbanización* acaecido en el viejo continente entre 1500 y 1850.

El planteamiento de la obra es –además– suma-

mente sugestivo. El autor sostiene que la ciudad de la época moderna, lejos de ser un mero antecedente de la sociedad industrial, o una simple reliquia medieval que obstaculizó la transición al capitalismo, constituyó –ante todo– un elemento estructural dotado de características propias, que estaba llamado a desempeñar un papel estelar en el proceso de *cambio económico y social* acaecido en los tiempos modernos. Para comprender la singularidad del fenómeno urbano preindustrial, Jan de Vries recalca que es imprescindible analizar la evolución de las ciudades en el contexto regional, y enmarcar esta trayectoria dentro de un *modelo específico de urbanización*, que afectó a amplias zonas del continente durante los siglos XVI al XIX y que sin duda tuvo importantes repercusiones en el ámbito de las estructuras demográficas, económicas y culturales.

Con objeto de desentrañar las características fundamentales de este proceso de urbanización, el autor ha construido previamente una base empírica, compuesta por los datos relativos a la evolución de la población de 379 ciudades que, en algún momento de su historia moderna, superaron los 10.000 habitantes. A la vez, en el capítulo 4 de Vries trata de completar la información anterior, recomponiendo –mediante un ingenioso sistema de simulación– el número de ciudades que debieron poseer más de 5.000 habitantes en el mismo arco temporal. A partir de aquí, se nos describen los fenómenos observados en el movimiento de larga duración, en el cual pueden distinguirse tres etapas bien diferenciadas:

* A propósito de la publicación en castellano de la obra de Jan de Vries, *La urbanización de Europa, 1500-1800*, traducción de Ramón Grau, Barcelona, Crítica, 1987, 501 pp.

** Equipo Madrid de Estudios Históricos (Universidad Autónoma de Madrid).

1500-1600/50, 1600/50-1750 y 1750-1850. En la primera, se observa un crecimiento de todas las ciudades que superaban los 10.000 habitantes. En la segunda, los indicadores demográficos evidencian un claro retroceso en la Europa meridional y centro-oriental, mientras que en la Europa noroccidental la tendencia es al estancamiento, con la excepción de Inglaterra, en la cual la población reunida en ciudades con más de 10.000 habitantes creció un 20 por ciento; no obstante, este proceso general de *desurbanización* se vio acompañado por otro de carácter selectivo, dado que en dicha fase las ciudades cortesanas y comerciales más grandes continuaron absorbiendo población. Por último, entre 1750 y 1850 las ciudades europeas volvieron a crecer, si bien durante esta centuria es posible hablar de una "nueva urbanización", ya que en el transcurso de la misma, nada menos que 551 ciudades que hasta entonces tenían menos de 10.000 habitantes vieron cómo su número de moradores se multiplicaba por cinco.

A la hora de explicar esta singular trayectoria, el autor parte de una idea fundamental: desde 1500 la mayor parte de las ciudades europeas configuraban una auténtica red urbana, cuyos elementos básicos estaban íntimamente interrelacionados; no obstante, si en el siglo XVI la trama urbana era "polinuclear", a partir de la segunda fase este viejo sistema comienza a ser sustituido por otro *unificado* en torno a un foco situado en la Europa noroccidental. La cuarta parte de la obra está dedicada a la dinámica del crecimiento urbano y al análisis de las transformaciones básicas que determinaron sus fluctuaciones demográficas a largo plazo. Para resolver estos problemas, de Vries subraya que es imprescindible estudiar las relaciones existentes entre campo y ciudad, dado que el mundo rural no sólo genera los excedentes necesarios para el mantenimiento de la vida urbana, sino también una masa continua de emigrantes que vienen a contrarrestar —e incluso invertir— el *decrecimiento vegetativo* característico de las ciudades preindustriales. Sin embargo, habida cuenta de las características del nivel de las fuerzas productivas imperante en las formaciones sociales de la Europa moderna, durante la segunda mitad del siglo XVI este movimiento migratorio, que sin duda sostuvo el crecimiento demográfico de las urbes, también contribuyó a provocar un declive de la población rural. En el transcurso de la centuria siguiente, y especial-

mente durante su primera mitad, el mundo rural continuó declinando a causa del flujo migratorio hacia las ciudades, pero si en la Europa septentrional la corriente de campesinos era atraída por las nuevas expectativas generadas por el crecimiento vigoroso de las ciudades, en los territorios mediterráneos la emigración campesina era absorbida por los vacíos dejados por las epidemias que devastaron las urbes.

Pero la presión demográfica que originó este proceso migratorio, también fue la causante de que las economías campesinas buscaran otras alternativas: en este sentido, junto a la posibilidad de marchar a la ciudad, el autor analiza otras dos opciones fundamentales: a) que los campesinos permanecieran dentro del sector agrícola, diversificando y/o intensificando sus cultivos y b) que los pequeños productores sometidos a un proceso de gradual empobrecimiento optasen por realizar actividades manufactureras complementarias en el hogar (difusión del *Verlagssystem*).

A partir de la caracterización general de este modelo trisectorial para las migraciones preindustriales, Jan de Vries reinterpreta la evolución coyuntural que nos proporciona la evidencia histórica. En el transcurso de la Edad Moderna, asistimos al dismantelamiento de una vieja estructura urbana en Europa y a su gradual reemplazo por otra nueva. Durante el *largo siglo XVI* (1500-1600/50), el *stock* de ciudades que se había configurado en la época medieval no experimentó ninguna ampliación significativa, pero es evidente que se produjo un incremento de la población urbana, cuyas causas están ligadas al auge de los centros administrativos de los nacientes estados nacionales y a la expansión del comercio internacional. Ambos elementos tendieron a jerarquizar la estructura urbana "descentralizada" heredada del Medioevo, si bien durante esta fase el *policentrismo* continuó determinando el proceso de urbanización, dado que hasta 1600 cuatro importantes concentraciones urbanas pugnaban por el liderazgo.

Entre 1600/50 y 1750, asistimos a la *era del proletariado rural*. En el transcurso de esta fase se produjo un proceso selectivo de crecimiento urbano, dado que en ella sólo crecieron con fuerza las capitales estatales y las grandes ciudades portuarias dedi-



Figura 1. Grabado y plano de la ciudad de Reims a fines de la Edad Media. La ciudad de Reims, con sus numerosos edificios eclesiásticos, evidencia claramente la inserción de las urbes medievales dentro del sistema feudal.

cadas al comercio ultramarino. Por contra, la mayor parte de las 600 ciudades que al menos tenían 5.000 habitantes tendió a declinar; este proceso de *desurbanización* —empero— iba a sentar las bases de la "nueva urbanización" que se desarrollará en el tránsito de los siglos XVIII al XIX, ya que fue consecuencia de la difusión del *sistema protoindustrial*, que sin duda paralizó el movimiento migratorio tradicional del campo a la ciudad, e incluso aceleró el abandono de muchas pequeñas ciudades. Al finalizar esta etapa crucial, en la cual los mercaderes aprovecharon la estructura viaria que enlazaba a las grandes ciudades para sacar el máximo partido de la comercialización de los productos manufacturados en el campo, el sistema urbano se había jerarquizado completamente en torno a un epicentro situado en la Europa atlántica: Londres.

A partir de 1750, se va a desarrollar en Europa una *nueva urbanización*. En efecto, a diferencia de lo acontecido en el *largo siglo XVI*, en el transcurso de esta tercera etapa se produjo un crecimiento desproporcionado de las ciudades menores, así como la adición al sistema urbano preexistente de nuevas ciudades, que ahora van a mostrar una extraordinaria vitalidad. Las causas que desencadenaron este nuevo proceso son fácilmente comprensibles. En primer lugar, si las grandes capitales ya no crecieron

como antaño, ello fue debido a que "el objetivo de la centralización estatal ya había sido conseguido en gran parte en muchos países hacia 1750"; en segundo lugar, el mencionado crecimiento "desde abajo" sólo puede ser interpretado correctamente a partir de dos transformaciones estructurales: el *cambio demográfico*, que permitió a las ciudades europeas superar su tradicional decrecimiento vegetativo, y el *cambio económico* acontecido tras la fase de proletarianización, ya que este último determinó que la Industrialización Temprana se escenificase en ciudades relativamente pequeñas y en localidades rurales situadas al margen de las grandes urbes.

Aunque es innegable que la obra de Jan de Vries ha contribuido a ensanchar considerablemente nuestros conocimientos sobre el tema, al desplazar el punto de atención de las ciudades concretas al conjunto de la trama urbana existente en la Europa preindustrial, un análisis más profundo de sus fundamentos metodológicos pone al descubierto importantes lagunas conceptuales y numerosas imprecisiones, que acaban limitando la validez del modelo interpretativo propuesto por el autor.

Ante todo, es preciso remarcar que en ninguna parte de la obra se nos da una *definición* sistemática de lo que es una ciudad. Es cierto que el autor reconoce que las ciudades desempeñaron en la Europa

preindustrial diversas funciones específicas de carácter político-administrativo, cultural, comercial e "industrial", pero ante la evidente imposibilidad de profundizar en el estudio de estos aspectos, de Vries opta finalmente por una *definición práctica* basada en criterios cuantitativos (tamaño de su población y densidad de los espacios edificados). No obstante, esta alternativa, lejos de solucionar el problema, lo complica aún más, de ahí que primero se preste atención a las entidades de población que poseían más de 10.000 habitantes, y en el capítulo siguiente se nos diga que también sería interesante analizar aquellos que reunían por lo menos 5.000. Tras diversas tentativas, el autor arroja definitivamente la toalla en la página 110, cuando reconoce que no ha podido llegar más lejos en su caracterización y deja "en otras manos la frustrante tarea de penetrar en la esencia de la 'urbanización'".

Evidentemente, el problema que plantea la definición de la ciudad preindustrial podría haberse resuelto de manera satisfactoria encuadrando las funciones que ésta desempeñaba en el marco de un modo de producción específico, pero la obra tampoco responde claramente a esta cuestión, ya que en el capítulo primero, que es donde más atención se presta a este asunto, el autor, tras analizar las tesis formuladas por Braudel y Merrington,¹ concluye afirmando que la ciudad moderna no fue un mero antecedente de la sociedad capitalista, ni un obstáculo feudal. Pero, ¿qué era entonces?

A nuestro juicio, para comprender adecuadamente la función de la ciudad europea preindustrial, es preciso remontarse a la época de su nacimiento. En efecto, como han señalado numerosos especialistas, el modo de producción feudal que alumbró la ciudad preindustrial estuvo caracterizado, entre otras cosas, por un predominio de la agricultura extensiva y una hegemonía de la pequeña producción

campesina en el nivel de las fuerzas productivas, una supremacía social de las clases privilegiadas, que obtenían el grueso de sus ingresos a través de la implantación de unas relaciones de producción de carácter servil, materializadas en las diferentes modalidades que adquiría la renta feudal, y lo que también es de suma importancia para el tema que nos ocupa, por existir dentro del mismo una forma específica de circulación mediatizada por la moneda.²

Son precisamente todos estos elementos estructurales, junto a la fragmentación de los poderes públicos característica del sistema feudal, los que van a determinar el desarrollo urbano medieval, dado que —al menos desde el siglo XI— las clases dominantes van a fomentar, en su propio beneficio, el desenvolvimiento de diversos núcleos administrativos y comerciales de carácter local. Así las cosas, desde los albores de la Baja Edad Media vemos surgir en la Cristiandad Latina un conjunto de pequeñas ciudades, que irán creciendo poco a poco merced a diversos factores, entre los cuales podemos destacar el aumento de la producción agraria, el inicio de las corrientes migratorias del campo a la ciudad y la creciente transferencia de los excedentes generados en los *hinterlands*, que a su vez se vio favorecida por dos procesos fundamentales: el hecho de que una parte de los perceptores de tributos señoriales decidiera residir permanentemente en las ciudades y la tendencia de los terratenientes feudales a percibir sus rentas en dinero, que acabó forzando a los pequeños productores a vender una parte creciente de su plusproducto en los mercados locales, de tal manera que —como ha apuntado Rodney Hilton— hacia 1300 ya existían en Inglaterra unas 400 pequeñas ciudades de mercado, la mayoría de las cuales habían sido fundadas por los señores feudales.³

Esta concentración de excedentes rurales que se produjo en las ciudades europeas durante el feuda-

¹ F. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1984, especialmente el tomo I, y J. Merrington, "Ciudad y campo en la transición al capitalismo", en R. Hilton, ed., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 238-276.

² R. Hilton, Introducción a la obra colectiva *La transición...*, pp. 7-39; G. Bois, *Crise du féodalisme. Économie rurale et démographie en Normandie orientale du début du 14^e siècle au milieu du 16^e siècle*, Paris, P.F.N.S.P., 1976; W. Kula, *Teoría económica del sistema feudal*, México, Siglo XXI, 1974; M. Carmagnani, *Formación y crisis de un sistema feudal. América Latina del siglo XVI a nuestros días*, México, Siglo XXI, 1976, y L. Kuchenbuch y B. Michael, "Estructura y dinámica del modo de producción feudal en la Europa preindustrial", *Studia Historica*, IV, 2, 1986, pp. 7-57.

³ R. Hilton, "Las ciudades en la sociedad feudal inglesa", en *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 106-122 y, del mismo autor, *Les ciutats medievals*, Barcelona, L'Avenç-Societat Catalana d'Estudis Històrics, 1989, pp. 25-41.



Figura 2. El palacio de las Tullerías en el París de finales del siglo XVII. El afianzamiento de las monarquías feudales centralizadas en diversas formaciones sociales europeas, como Francia, permite explicar el crecimiento sostenido de las ciudades cortesanas durante la Época Moderna.

lismo clásico, iba a provocar el desarrollo de otras dos funciones urbanas no menos importantes: por una parte, la producción manufacturera tendió a emplazarse en las áreas urbanas, con objeto de satisfacer la demanda de las élites señoriales y sus clientelas, siendo precisamente este proceso el origen de la naciente división del trabajo entre la ciudad y el campo que se observa en la primera fase de la transición al capitalismo; por otra, la creciente demanda de artículos de lujo por parte de la clase feudal también estimuló el comercio a larga distancia y el paralelo fortalecimiento del capital mercantil, que con el paso del tiempo estaba llamado a desempeñar un papel estelar en Europa occidental. En tales circunstancias, nada tiene de extraño que las cotas máximas de urbanización se alcanzaran en los dos grandes polos de desarrollo del capital mercantil: las ciudades de la Hansa y los Países Bajos y las localidades situadas en el norte y el centro de Italia. Pero no nos

engañemos, incluso en estos focos de prosperidad, las ciudades mercantiles y manufactureras mantuvieron un comportamiento que estaba en consonancia con la lógica interna del sistema feudal, al erigirse en auténticos *señoríos colectivos* que no dudaron en extender sus redes de dominación al campo circundante.⁴

Tras el paréntesis de la crisis bajomedieval, en el cual el retroceso de la población rural, el declive de las rentas señoriales, la contracción de la demanda de manufacturas y la crisis del comercio desarticulaban momentáneamente los circuitos campo-ciudad y estrangulaban el desarrollo urbano, las ciudades europeas volvieron a crecer de manera acusada. No obstante, en la obra que nos ocupa no se presta ninguna atención a la fase de recuperación acontecida en el siglo XV, ni tampoco se analizan correctamente las condiciones sociales y políticas en las cuales se produjo la expansión urbana del *largo siglo XVI*.

⁴ J. Merrington, "Ciudad...", pp. 251 y ss.; L. Kuchenbuch y B. Michael, "Estructura...", p. 38 y A. Mackay, "Ciudad y campo en la Europa medieval", *Studia Historica*, II, 2, 1984, pp. 27-53, pp. 53 y ss.

Por lo que se refiere al primero de los puntos que acabamos de señalar, si partimos de las estimaciones referentes al volumen total de habitantes alojados en las ciudades occidentales a comienzos del siglo XIV, tomando como punto de referencia los datos suministrados por Russell, resulta que en dicha fecha las ciudades con más de 10.000 moradores reunían cerca del 4 por ciento de la población total del viejo continente; asimismo, es indudable que en el transcurso de la primera crisis general del feudalismo, la Peste Negra afectó especialmente a la población urbana, hasta el punto que no es descabellado pensar que entre 1350 y 1420 las ciudades de Occidente perdieron dos quintas partes de su población total: pues bien, si nuestras estimaciones son correctas, resultaría que entre 1450 y 1500 la población europea reunida en ciudades con más de 10.000 habitantes se multiplicó por dos, dado que —entre ambas fechas— su volumen total pasó del 2,5 al 5 por ciento, experimentando un crecimiento similar al que el autor calcula para el conjunto de la Edad Moderna.⁵

La caracterización de la coyuntura socioeconómica y política en la cual se produjo el desarrollo urbano del Quinientos es muy deficiente; por este motivo, su explicación final relativa a las causas que activaron el citado proceso resulta ser poco convincente. En efecto, aunque —como ya hemos señalado— el autor postula insistentemente la ineluctable necesidad de estudiar a fondo las relaciones campo-ciudad, únicamente parece mostrar preocupación por el movimiento migratorio, cuyo origen estaría ligado a la *presión demográfica*; mientras tanto, se desentiende completamente de todas las cuestiones rela-

cionadas con el estadio y evolución del nivel de las fuerzas productivas, las relaciones de producción imperantes en los diversos territorios del viejo continente, la distribución del plusproducto social o el movimiento de los precios, cuando resulta que el esclarecimiento de todas estas cuestiones es de vital importancia para comprender las condiciones de desarrollo de la ciudad y explicar, en último extremo, ese *principio motor* de la *presión demográfica*, que enunciado así —a secas— simplemente sirve para describir el problema de otra manera, pero no para resolverlo.⁶

Por otra parte, la Europa que aquí nos describe de Vries parece estar configurada por una sucesión ininterrumpida de ciudades e *hinterlands*, cuyos intereses están supeditados a los de unos nacientes estados nacionales, que en el ámbito internacional pugnan por alcanzar el liderazgo dentro del *moderno sistema mundial*.⁷ Y claro está, todos aquellos obstáculos que se oponen a la efectiva plasmación de este modelo *neoclásico*, más imaginario que real, desaparecen de su cuadro impresionista. A este respecto, una ausencia resulta particularmente significativa: me estoy refiriendo al término *señorío*. Por más que uno busque en el núcleo central de la obra, o en sus conclusiones, la palabra no aparece ni una sola vez. A la hora de explicar este vacío inexcusable, es preciso subrayar que el autor parece estar demasiado sugestionado por la imagen de los Países Bajos, hecho éste que le lleva a no considerar que en otras zonas de Europa, las más, la propiedad feudal se encontraba todavía en plena expansión y el *señorío* continuaba constituyendo la unidad política y económica fundamental.⁸

⁵ J. C. Russell, "La población en Europa del año 500 al 1500", en C. M. Cipolla, ed., *Historia económica de Europa (1)*. La Edad Media. Barcelona, Ariel, 1979, pp. 25-77, en especial pp. 30-38.

⁶ E. J. Nell, "Presión demográfica y métodos de cultivo: una crítica de la teoría sin clases sociales", en *Historia y teoría económica*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 157-174.

⁷ Es indudable que nos encontramos ante una nueva versión de la teoría del *cambio comercial*, que ha sido defendida en las últimas décadas por diversos sectores de la historiografía contemporánea. Vid. P. Sweezy, "Crítica", en *La transición...*, pp. 43-77; F. Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1985 e I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial, I*. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI. Madrid, Siglo XXI, 1979. Una sucinta exposición de los puntos débiles de este modelo explicativo puede encontrarse en R. Brenner, "Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial", en T. H. Aston y C. H. E. Philpin, ed., *El Debate Brenner*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 21-81, pp. 38 y ss., y E. J. Nell, "Relaciones económicas en el declive del feudalismo: un examen de la interdependencia económica y del cambio social", en *Historia...*, pp. 41-94, pp. 51-54.

⁸ Por lo demás, la visión de las formaciones sociales de la Europa preindustrial defendida por el autor no ha variado sensiblemente de unos años a esta parte; de hecho, en una obra anterior, de Vries ya había expuesto su tesis con suma claridad: "Si la unidad económica básica de la Alta Edad Media europea había sido el señorío, y el excedente campesino se canalizaba para sostener a una casta de nobles



Figura 3. Vista del Covent Garden londinense a comienzos del siglo XVIII. Durante el siglo XVIII Londres se convirtió en la ciudad más grande de Europa. Su espectacular crecimiento fue consecuencia del rápido desarrollo que conoció el capitalismo en Inglaterra.

En este punto, el autor no sólo no ha tenido en cuenta los problemas planteados en el *debate* Brenner-Wallerstein,⁹ sino que tampoco ha prestado atención a los datos que sobre la expansión de la propiedad feudal operada en el Quinientos se contienen en prestigiosos manuales de historia económica de Europa,¹⁰ pues de lo contrario se habría dado cuenta que en la Europa meridional y en la zona centro-oriental el feudalismo tardío se encontraba plenamente consolidado, dando lugar a un paisaje caracterizado por la presencia de amplias redes de señoríos individuales y colectivos. La clave explicativa de este proceso se encuentra en la salida de la cri-

sis bajomedieval. Como es sabido, durante la misma ya se observan con toda claridad diferencias regionales de ritmo e intensidad en la transición al capitalismo, que no sólo tienen su origen en la mayor o menor madurez alcanzada por el feudalismo en las zonas situadas en el *centro* y la *periferia* del Occidente medieval,¹¹ sino también, y muy especialmente, en las modificaciones acaecidas en el ámbito de las estructuras agrarias de clase existentes en cada territorio, así como en la resolución de los conflictos sociales a que dichas estructuras dieron lugar.¹² En la mayor parte de las regiones del continente, no lo olvidemos, la clase feudal respondió a la crisis median-

guerreros, esto hacía tiempo que había sido superado, en importancia económica, por la ciudad local con su mercado e *hinterland*. La economía europea de finales del siglo XVI puede concebirse como un conjunto de ciudades con *hinterlands* de más o menos 130 a 260 kilómetros cuadrados. La gran masa de la producción agrícola se distribuía dentro de estas unidades". Vid. *La economía de Europa en un periodo de crisis, 1600-1750*, Madrid, Cátedra, 1979, p. 45.

⁹ R. Brenner, "Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica al marxismo neosmithiano", *Teoría*, 3, 1979, pp. 57-166; I. Wallerstein, *El moderno...*, passim; H. Medick, "La transición del feudalismo al capitalismo: renovación del debate", en R. Samuel, ed., *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 146-158, y R. A. Denmark y K. P. Thomas, "El debate Brenner-Wallerstein", *Zona Abierta*, 50, 1989, pp. 123-158.

¹⁰ A. De Maddalena, "La Europa rural (1500-1750)", en C. M. Cipolla, ed., *Historia económica de Europa (2)*. Siglos XVI y XVII. Barcelona, Ariel, 1979, pp. 214-276, en especial pp. 225 y ss. y P. Kriedte, *Feudalismo tardío y capital mercantil*. Líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del XVIII, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 75 y ss.

¹¹ G. Bois, *La crisis del feudalismo a Europa a la fi de l'Etat Mitjana*, Barcelona, L'Avenç-S.C.E.H., 1988, pp. 27-28, y M. T. Pérez Pícazo y G. Lemeunier, *El proceso de modernización de la región murciana (Siglos XVI-XIX)*, Murcia, Editora Regional, 1984, pp. 26-35.

¹² R. Brenner, "Estructura de clases...", p. 24 y, del mismo autor, "Las raíces agrarias del capitalismo europeo", en T. H. Aston y C. H. E. Philpin, eds., *El Debate...*, pp. 254-386.

te una vigorosa "reacción señorial", cuya manifestación política más importante consistió en afianzar en sus respectivos territorios poderosas *monarquías feudales centralizadas*, que a la postre se iban a erigir en el aparato de dominación fundamental a través del cual las clases privilegiadas conservaron su hegemonía social durante esta fase de la transición al capitalismo.¹³

Los resultados de las minuciosas investigaciones que en el transcurso de la última década han realizado los especialistas en historia constitucional, no sólo han venido a cuestionar seriamente la utilización del término *estado* para caracterizar a las estructuras políticas imperantes en la Europa de los siglos XVI y XVII, sino que también han desvelado con bastante claridad la lógica interna de estas *monarquías feudocorporativas*, cuya matriz constitucional descansaba sobre el binomio rey-reino. En ellas, el poder político se reparte entre el soberano y los "órdenes" o "estamentos", que vienen a representar a los grupos sociales dominantes; dichos *estamentos* están dotados de un poder de *autorregulación* (jurisdicción), a la par que se les reconoce el derecho a participar en el gobierno en general a través de asambleas representativas (Cortes, Estados Generales, Parlamentos). La base del citado binomio rey-reino, se encuentra reflejada en todas las *constituciones estamentales*: en las mismas, el ordenamiento jurídico reconoce la existencia de *tres poderes o prerrogativas* que residen respectivamente en el monarca, los consejos y los estamentos; al rey le corresponde la *majestad*, a sus consejos la *autoridad* y a los órdenes la *libertad*. Esta división orgánica de funciones y cometidos tendría su origen en el modelo de *propiedad compartida* imperante en el sistema feudal, cuya aplicación a los ordenamientos constitucio-

nales aparece reflejada en la teoría de la *majestas duplex* según la cual el soberano únicamente posee el *dominio útil* del poder político, mientras que el reino ejerce, a través de los consejos y las asambleas representativas, el *dominio eminente* del mismo. Desde esta perspectiva, es evidente que las monarquías feudales centralizadas jamás representaron estructuras políticas nacionales, sino la cúspide de un conjunto de poderes concurrentes de carácter estamental (señoríos laicos, eclesiásticos, corporaciones urbanas), que en este período siguieron rigiendo los destinos de las formaciones sociales continentales.¹⁴

Todas estas matizaciones no sólo alteran sustancialmente la interpretación general del proceso, al tiempo que nos permiten atisbar los límites estructurales del crecimiento urbano, sino que también vienen a cuestionar seriamente la organización de la base empírica utilizada por el autor, pues éste, en lugar de organizar todos los datos relativos a las ciudades europeas por reinos históricos, prefiere acudir al empleo de "regiones artificiales" que no responden a la realidad política de la época. Así, mientras que el Sacro Imperio Romano Germánico se divide en tres regiones, y otro tanto ocurre con la Península italiana, los reinos de España y Portugal se analizan en una sola. En principio, podría pensarse que la cosa no tiene mayor importancia, dado que lo que realmente interesa es el proceso europeo en su conjunto, pero ocurre que —en la práctica— este método distorsiona la valoración de la evolución de los conjuntos regionales, repercutiendo negativamente sobre el modelo global. Pongamos un ejemplo. Cuando el autor estudia la evolución del proceso de urbanización en la Península ibérica, no sólo se olvida que ésta estaba gobernada por dos dinastías distintas, sino que también pierde de vista un hecho

¹³ P. Anderson, *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 37. Sobre la naturaleza de estas formaciones políticas, vid. Ch. Hill, "Comentario", en *La transición...*, pp. 166-171; B. Porshnev, *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1978, *passim*; F. Hincz, "Contribución a la discusión del feudalismo al capitalismo: la monarquía absoluta francesa", en Ch. Parain, P. Vilar y otros, *El feudalismo*, Madrid, Ayuso, 1972, pp. 89-96, y R. Robin, "La naturaleza del Estado al final del Antiguo Régimen: formación social, estado y transición", en AAVV, *Estudios sobre la Revolución Francesa y el final del Antiguo Régimen*, Madrid, Akal, 1980, pp. 69-100.

¹⁴ A. M. Hespanha, *História das Instituições*. Epocas medieval e moderna, Coimbra, Livraria Almedina, 1982; id., *Poder e Instituições na Europa de Antigo Regime*, Lisboa, Fundação Gulbenkian, 1985; B. Clavero, "Institución política y derecho: acerca del concepto historiográfico de 'Estado Moderno'", *Revista de Estudios Políticos*, 19, 1981, pp. 43-53; id., *Tantas personas como Estados*. Por una antropología política de la historia europea, Madrid, Tecnos, 1986; G. Barudío, *La época del absolutismo y la Ilustración (1648-1779)*, Madrid, Siglo XXI, 1983; P. Fernández Albadalejo, "La transición política y la instauración del absolutismo", *Zona Abierta*, 30, 1984, pp. 63-75 y, del mismo autor, "Cities and State in Spain", *Theory and Society*, 18, 1989, pp. 721-731. Una magnífica crítica del concepto monarquía nacional, puede encontrarse en A. Tenenti, *La formación del mundo moderno. Siglos XIV-XVII*, Barcelona, Crítica, 1985, pp. 122-126.

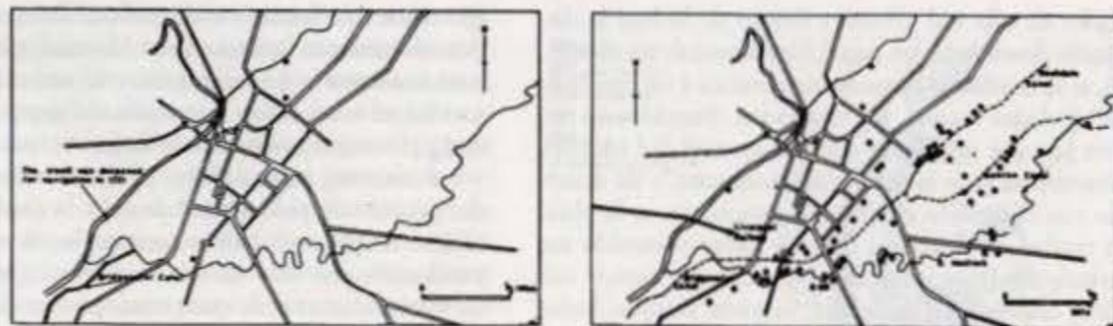


Figura 4. Desarrollo urbano de Manchester y localización de las fábricas de algodón entre 1794 y 1831. Un ejemplo de nueva urbanización. En el tránsito del siglo XVIII al XIX, el desarrollo de la Revolución Industrial desencadenó una vertiginosa expansión de la ciudad de Manchester.

fundamental: la propia monarquía hispana estaba configurada por un agregado de reinos históricos, caracterizados por poseer unas estructuras socioeconómicas y unos ordenamientos jurídicos y constitucionales claramente diferenciados. Pues bien, si ceñimos nuestro análisis a los territorios peninsulares de la monarquía católica, y agrupamos los datos referentes a las ciudades más grandes en función de los reinos históricos en los cuales estaban emplazadas, lo primero que llama nuestra atención es que en la Corona de Aragón sólo existían media docena de entidades de población importantes, mientras que

en el vecino reino de Castilla observamos la presencia de una de las redes urbanas más desarrolladas de la Europa del momento, hecho que a de Vries se le escapa por completo.¹⁵

A la vez, esta falta de atención a la realidad sociopolítica de la época, hace que muchas de las pautas econométricas realizadas por el autor resulten estériles. Así, por ejemplo, a la hora de explicar el modelo espacial de la urbanización europea, de Vries recurre al concepto de "potencial", es decir, la medida de accesibilidad de un lugar para las personas o los mercados situados en el resto de las locali-

¹⁵ J. E. Gelabert, "Urbanization and De-urbanization in Castile", comunicación presentada al *Congreso Internacional de Historia Económica* celebrado en Berna en 1986.

dades de una red urbana y dentro de la cual la distancia desempeña un papel fundamental; no obstante, si aplicamos la fórmula matemática a un conjunto de ciudades vecinas, los resultados obtenidos no tienen por qué responder a lo que en realidad sucedió. Veamos un caso concreto: teóricamente, y de acuerdo con el modelo cliométrico propuesto en la obra, la ciudad de Zaragoza debería haber sostenido sus principales relaciones comerciales con ciertos núcleos castellanos (Valladolid, Segovia, Burgos, Soria) y con otros situados en el reino de Valencia y el principado de Cataluña, dado que todos ellos se encontraban a poca distancia de la primera. Sin embargo, la realidad histórica fue bien distinta, ya que todavía a finales del siglo XVII el grueso de las importaciones realizadas por las ciudades aragonesas a través del comercio terrestre procedía del reino de Francia.¹⁶

Partiendo de estas consideraciones, pensamos que es más correcto distinguir dentro de los territorios que conformaban la Europa moderna, tres modelos de urbanización bien diferenciados, cuyas características fundamentales estarían estrechamente vinculadas a las de las propias modalidades regionales que por entonces se observan en el proceso de transición del feudalismo al capitalismo.

A) En la Europa noroccidental, las transformaciones socioeconómicas, culturales y políticas acaecidas en el transcurso de la época moderna tendieron a intensificar el proceso de urbanización. En efecto, en Holanda e Inglaterra, la temprana penetración de las relaciones de producción capitalistas en el campo, el desarrollo de una agricultura intensiva con un marcado acento comarcal, la gradual articulación de los mercados urbanos, las transformaciones socioculturales que acompañaron a la Reforma, la Revolución Científica y el proceso civilizatorio, y las vi-

gorosas revoluciones que desembocaron en la formación de sistemas políticos protoliberales, estimularon conjuntamente la descomposición del viejo entramado societal, el movimiento migratorio del campo a la ciudad y el crecimiento sostenido de los centros urbanos.

Asimismo, entre 1560 y 1740, la intensificación del proceso de polarización social y la gradual separación de los productores agrarios de los medios de producción, no sólo favorecieron el surgimiento de un proletariado rural, que pronto encontró en el sistema protoindustrial una nueva fuente de sustento para sus unidades familiares, sino que también estimuló el paralelo fortalecimiento de una nueva clase dominante con una marcada vocación urbana. En tales circunstancias, la Industrialización Temprana acaecida en las islas británicas, vino a impulsar definitivamente el desarrollo de una nueva urbanización, caracterizada por el marcado crecimiento que a partir de 1750 experimentaron las pequeñas ciudades manufactureras y comerciales, dado que estas últimas también supieron sacar partido de unos mercados coloniales en continua expansión. Todas estas transformaciones resultan fácilmente comprensibles, máxime si tenemos en cuenta que —por entonces— estaba finalizando en esta parte de Europa la acumulación primitiva, para dar paso a un modo de producción capitalista que, con el paso del tiempo, estaba destinado a extender sus lazos de dominación al resto del viejo continente.¹⁷

B) En la Europa sudoccidental, la pervivencia del feudalismo tardío impidió que pudiera desarrollarse un modelo de urbanización similar al descrito para el caso británico. Los límites estrictos que el orden social imperante imponía al crecimiento urbano en numerosas regiones de Francia y de las Penínsulas italiana e ibérica, pueden ser percibidos con

suma claridad en la primera mitad del siglo XVI: aquí, el predominio de una agricultura extensiva y la pujanza de una pequeña producción campesina escasamente especializada en el seno del *Grundberrschafft*, acabaron consolidando una economía agraria sin acumulación, en la cual la mayor parte de la población activa debía dedicarse a la producción de alimentos de primera necesidad; este hecho, no sólo tendió a obstaculizar el movimiento migratorio rural, sino que también terminó imposibilitando un desarrollo sostenido de las áreas urbanas. En este contexto, la actuación de la ley tendencial de la reducción de la productividad agraria durante la fase de crecimiento, unida a la presión sostenida de las clases dominantes, materializada en el alza secular de la renta de la tierra, el crecimiento de los diezmos y otros tributos señoriales, y el incremento de la presión fiscal de las monarquías autoritarias para financiar sus costosas guerras exteriores, acabaron desencadenando una regresión demográfica generalizada, que afectó especialmente a las ciudades.

El proceso de desurbanización que padecieron todas estas regiones entre 1580 y 1750, debe inscribirse dentro de una crisis general, que terminó emplazando definitivamente a las formaciones sociales sudoccidentales en la "periferia" del moderno sistema mundial y en el transcurso de la cual, semiproletarización campesina, refeudalización, Contrarreforma y monarquía feudocorporativa se combinaron en una vía de transición favorable a las clases privilegiadas. Como consecuencia de ello, durante el referido arco temporal las técnicas agrarias tendieron a fosilizarse, al tiempo que los principales focos mercantiles e "industriales" se veían sumidos en una gran depresión; de otra parte, la expansión de la propiedad señorial y la "traición de la burguesía" impidieron que se produjeran modificaciones de importancia en el ámbito de la producción manufacturera y el comercio, siendo buena prueba de ello la escasa importancia que en estas regiones adquirió el *putting-out system*. Si exceptuamos el caso de las grandes ciudades cortesanas, hemos de esperar a la segunda mitad del siglo XVIII para asistir a una nueva etapa de crecimiento urbano, pero ésta, lejos de estar propiciada por una serie de cambios estructurales, fue el resultado de nuevas e importantes transferencias de población y

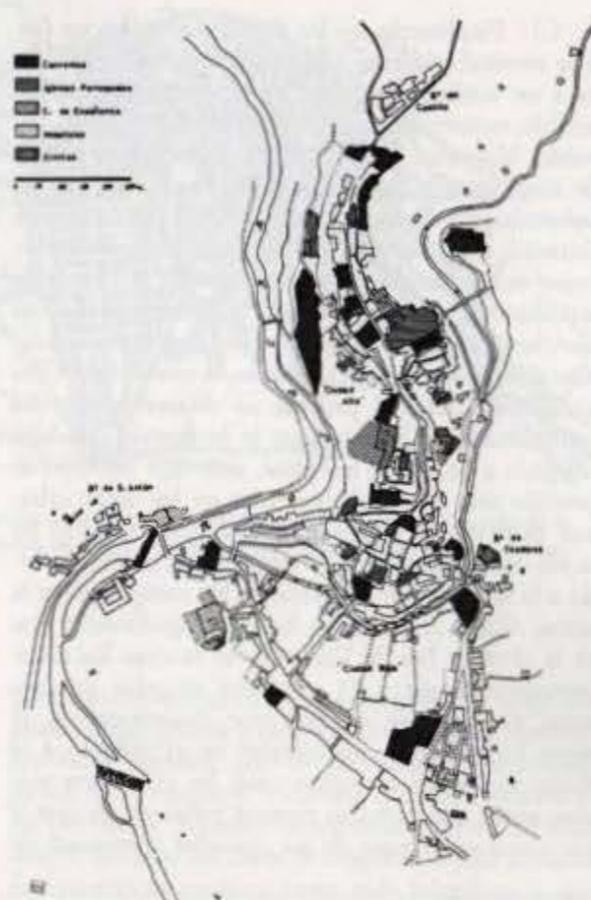


Figura 5. Propiedad eclesiástica en la ciudad de Cuenca a mediados del siglo XVIII. Durante el Siglo de Hierro, el hundimiento de las industrias urbanas y el aumento de la propiedad feudal desencadenaron un proceso de desurbanización en la mayoría de las ciudades de la Europa suroccidental, tales como Cuenca, donde en 1750 el clero poseía más del 40 por ciento del caserío.

rentas señoriales del campo a la ciudad y del impulso que por entonces experimentó el proceso de centralización política. Todos estos fenómenos nos permiten explicar que a comienzos del siglo XIX los mercados nacionales estuvieran en vías de formación en Francia, España, Italia y Portugal, que el capitalismo aún no se hubiera introducido con fuerza en estos territorios y que el proceso de nueva urbanización todavía se encontrara en sus albores.¹⁸

¹⁸ Sobre la transición al capitalismo en la Europa meridional, vid. R. Brenner, "Las raíces agrarias...", *passim*; R. Romano, "Tra XVI e XVII secolo. Una crisi economica: 1619-1622", *Rivista Storica Italiana*, 74, 1962, pp. 480-531; C. M. Cipolla, "La decadencia económica de

¹⁶ H. Kamen, *La España de Carlos II*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 201.

¹⁷ Este modelo de urbanización rápida es el que mejor se acomoda al que Jan de Vries describe en su obra. Sobre las transformaciones estructurales que acaecieron en la Europa noroccidental en la época moderna, vid. R. Brenner, "Estructura...", pp. 62-81; P. Croot y D. Parker, "Estructura de clases agraria y el desarrollo del capitalismo: comparación de Francia e Inglaterra", en *El Debate*..., pp. 100-113; H. Kamen, *El siglo de Hierro. Cambio social en Europa, 1550-1660*, Madrid, Alianza, 1977; J. de Vries, *La economía de Europa...*, pp. 79-91 y 95-179; Ch. Hill, *De la Reforma a la Revolución Industrial 1530-1780*, Barcelona, Ariel, 1980; N. Elías, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, F.C.E., 1987; P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohn, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 11-26, 43-113 y 188-237; P. Clark y P. Slack, eds., *English Towns in Transition, 1500-1700*, Oxford, U.P., 1976; C. Lis y H. Soly, *Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850)*, Madrid, Akal, 1985, pp. 73-101 y 119-137 y M. Berg, *La era de las manufacturas. 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Barcelona, Crítica, 1987.

C) Finalmente, en las regiones situadas en *Europa oriental* asistimos a lo largo de la época moderna a un auténtico proceso de *ruralización*. En este sentido, numerosos trabajos realizados por Kula, Topolski, Malowist, Skazkin, Klíma y Pach, han puesto de manifiesto la debilidad de las ciudades polacas, bohemias o húngaras a comienzos del siglo XVI; esta situación estructural se vio agravada posteriormente como consecuencia de la difusión de la "segunda servidumbre" y del paralelo fortalecimiento del *Gutsherrschaft*: de resultas de este largo proceso plurisecular, en las regiones situadas al este del río Elba no sólo se frenó el proceso de diferenciación del campesinado, al tiempo que la burguesía quedaba relegada a un papel marginal, sino que también se produjo una auténtica regresión en las áreas urbanas, dado que en ellas el *decrecimiento vegetativo* no se vio compensado por las migraciones rurales, debido a la adscripción creciente de los campesinos a la tierra. A este respecto, es bastante significativo que en la obra de Jan de Vries sólo se recojan los datos correspondientes a 11 ciudades situadas en esta zona, si bien, por razones que desconocemos, el autor ha preferido no integrar en el modelo a la Rusia zarista; en cualquier caso, las cifras son más elocuentes que nuestras propias palabras, ya que si exceptuamos el caso de las ciudades cortesanas de

las poderosas *autocracias absolutistas* que iniciaron su singladura durante el Siglo de Hierro, parece fuera de toda duda que en estos países el proceso de urbanización desempeñó un papel secundario, cuando no marginal. Sólo a partir de mediados del siglo XVIII, las ciudades orientales comenzaron a expandirse como consecuencia de dos fenómenos que acontecieron simultáneamente: la creciente capitalización de las economías fundiarias y el nuevo impulso que por entonces experimentó el proceso de centralización política; no obstante, habida cuenta que el desarrollo de la *vía prusiana* consolidó el papel de la aristocracia dentro de estas formaciones sociales, en perjuicio de la raquítica burguesía local, todavía tendremos que esperar a la segunda mitad del siglo XIX, para poder atisbar aquí los primeros indicios de la *nueva urbanización*.¹⁹

Es innegable que las tres grandes zonas hasta ahora analizadas, sostuvieron a lo largo de la época moderna unas relaciones económicas crecientes, debido a su paulatina inserción dentro del *moderno sistema mundial*; asimismo, también es cierto que los lazos de dependencia que a la postre se establecieron entre la *periferia* y el *centro* resultaron ser de vital importancia para el desarrollo del capitalismo,²⁰ pero de aquí a sostener que todas las ciudades europeas formaban parte de una misma red urbana

Italia", en C. M. Cipolla, J. H. Elliott, P. Vilar y otros, *La decadencia económica de los imperios*, Madrid, Alianza, 1979, pp. 157-174; M. T. Pérez Picazo, G. Lemeunier, P. Segura y otros, *Desigualdad y dependencia. La Periferización del Mediterráneo occidental (siglos XII-XIX)*, Murcia, Editora Regional, 1986; R. Villari, *La revuelta entiespañola en Nápoles. Los orígenes (1585-1647)*, Madrid, Alianza, 1979, pp. 13-17; G. Duby, dir., *Histoire de la France urbaine*, vol. II, Paris, Seuil 1981; G. Postel-Vinay, *La rente foncière dans le capitalisme agricole. Analyse de la voie "classique" du développement du capitalisme dans l'agriculture à partir de l'exemple du soissonnais*, Paris, Maspero, 1974; B. Yun Casalilla, *Sobre la transición al capitalismo en Castilla. Economía y sociedad en Tierra de Campos (1500-1830)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1987; P. Ruiz Torres, "Señorío, propiedad agraria y burguesía en la revolución liberal española", en *O liberalismo na Península Ibérica na primeira metade do século XIX*, Lisboa, Centro de Estudos de História Contemporânea, 1981, pp. 87-113; J. Fontana Lázaro, "Formación del mercado nacional y toma de conciencia de la burguesía", en *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1973; E. Sereni, *Capitalismo y mercado nacional*, Barcelona, Crítica, 1980, y A. Soboul, "Del feudalismo al capitalismo. La Revolución francesa y la problemática de las vías de transición", en *AAVV, Estudios sobre la Revolución...*, pp. 101-123.

¹⁹ Sobre el proceso de refeudalización y el desarrollo del absolutismo en Europa oriental, vid. R. Brenner, "Estructura...", pp. 39-62; id., "Los orígenes...", pp. 86-96 y 127-134; W. Kula, *Teoría...*, passim; id., "Una economía agraria sin acumulación: Polonia en los siglos XVI al XVIII", en *VVAA, Agricultura y desarrollo del capitalismo*, Madrid, Alberto Corazón Editor, 1974, pp. 343-379; J. Topolski, "Las tendencias de la evolución agraria en la Europa central y oriental entre los siglos XVI y XVII", en *AAVV, La segunda servidumbre en Europa central y oriental*, Madrid, Akal, 1980, pp. 73-84; id., "Continuity and discontinuity in the development of the feudal system in Eastern Europe (10th to 17th centuries)", *Journal of European Economic History*, 10, 1981, pp. 341-352; M. Malowist, "The problem of the inequality of economic development in Europe in the Later Middle Ages", *Economic History Review*, 2.ª serie, 19 (1), 1966, pp. 15-28; S. D. Skazkin, "Problemas fundamentales de la 'segunda servidumbre' en Europa Central y Oriental", en *La segunda...*, pp. 15-52; A. Klíma, "Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Bohemia preindustrial", en *El debate...*, pp. 230-253; Z. P. Pach, "El desarrollo agrario de Hungría durante los siglos XVI y XVII", en *La segunda...*, pp. 197-235; P. Anderson, *El Estado...*, pp. 195-369; G. Barudio, *La época...*, pp. 174-294, y J. Nichtweis, "La segunda servidumbre, la 'vía prusiana' y el desarrollo del capitalismo en la agricultura de la Alemania del Este", en *La segunda...*, pp. 85-118.

²⁰ D. Tomich, "Relaciones sociales de producción y mercado mundial en el reciente debate de la transición del feudalismo al capitalismo", *Manuscrits*, 4-5, 1987, pp. 209-237.

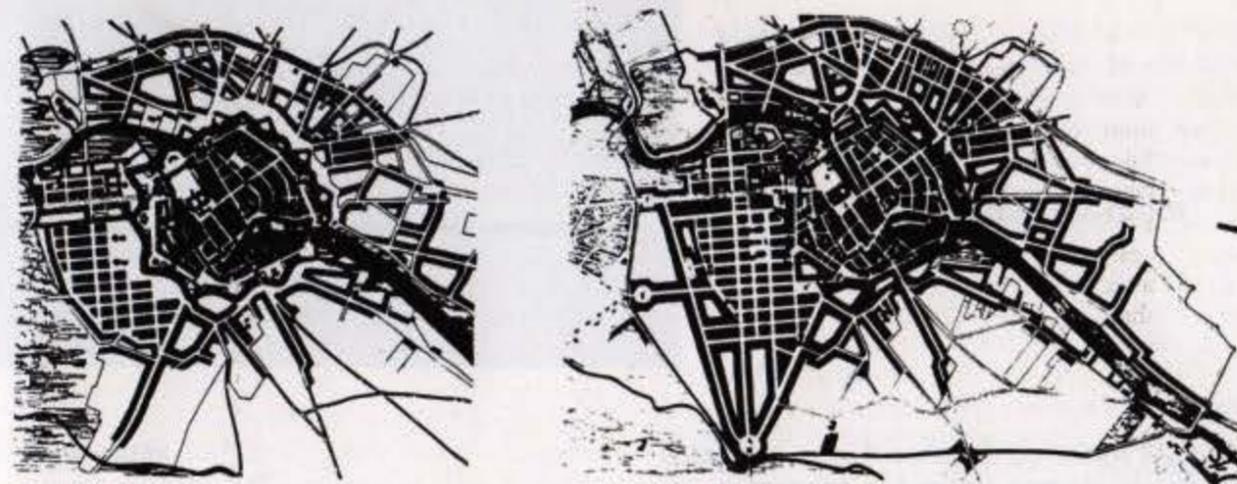


Figura 6. Crecimiento de Berlín en el siglo XVIII. Frente a la ruralización de la Europa central y oriental durante el desarrollo de la "segunda servidumbre", sólo unas pocas ciudades cortesanas, como Berlín, crecieron debido al afianzamiento de las autocracias absolutistas.

hay todo un abismo, ya que el feudalismo tardío había creado una serie de poderosas barreras que dificultaban de manera acusada la articulación de los mercados regionales, e imposibilitaban —consecuentemente— la configuración de una red urbana a escala continental. El propio de Vries parece haberse dado cuenta del problema, cuando afirma que a comienzos del siglo XVIII Europa poseía "un sistema urbano único aunque débilmente trabado",²¹ pero en las conclusiones de la obra esta idea se abandona en beneficio de un modelo global, que en realidad sólo sirve para explicar, y tampoco completamente, lo acontecido en la fachada noroccidental del viejo continente. Y es que, en definitiva, el problema que plantea la ciudad preindustrial, jamás podrá resolverse satisfactoriamente desde la exclusiva óptica de

la historia cuantitativa, pues ésta, al partir de presupuestos neoclásicos y desentenderse de las transformaciones sociales que se produjeron simultáneamente en el campo y la ciudad, termina reduciendo los diferentes procesos de urbanización a uno solo, dentro del cual los datos demográficos y las piruetas econométricas parecen tener más importancia que los verdaderos protagonistas: los hombres y las sociedades en movimiento. Desde esta perspectiva, es evidente que aquellos lectores a quienes interese la *historia total*, deberán seguir esperando pacientemente a que aparezca una auténtica obra de síntesis sobre el tema, dado que —en el trabajo que nos ocupa— sólo podrán encontrar, en el mejor de los casos, modelos cliométricos sofisticados, muchas cifras y muy pocas explicaciones convincentes.

²¹ J. de Vries, *La urbanización...*, p. 131.